APUNTES HISTÓRICOS

El Coronel Cornelio Olivencia.

1788 - 1869

> «Cuando el biógrafo exhuma de su lecho de polvo
> «los hombres del pasado y hace surgir de la nada
> «en que yacen sus contornos morales, evocados por
> «el sentimiento de la justicia reparadora, cumple
> «una misión augusta».
>
> MARIANO A. PELLIZA.

Festejándose en breve el primer Centenario de nuestra emancipación política, damos preferencia, al comenzar estos Apuntes, á los datos biográficos del Coronel Don Cornelio Olivencia, actor humilde en aquel grandioso drama, á cuyo memorable resultado contribuyó en la medida de sus fuerzas, sacrificando los mejores años de su vida, en holocausto á la libertad de su patria y al triunfo de los nobles ideales, proclamados por los próceres de Mayo.

En Yapeyú, población importante entonces de las Misiones Argentinas, en donde mismo naciera dos lustros antes el Libertador de Chile y el Perú,

vió también la primera luz Olivencia, el 16 de Septiembre de 1788, siendo sus padres Don José Olivencia, Administrador de dicho punto nombrado por el Virrey y Doña Rita Pérez Villamil, naturales ambos de Granada, en Andalucía.

Las invasiones inglesas, que despertaron en la floreciente colonia del Río de la Plata, el patriotismo de sus hijos y les dió la conciencia de su poder, indujeron al joven misionero á abrazar la carrera de las armas, una de las pocas que en esa época, ofrecía ámplio campo de acción. En consecuencia, en 1808 alistóse en un cuerpo que el Virrey encomendó formase el Coronel Don Prudencio Murguiondo, con el objeto de reforzar la guarnición de Montevideo, en vista de las pretensiones del Regente de la casa reinante en Portugal, á la sazón emigrada en el Brasil, de anexar á sus dominios el Río de la Plata; y en aquella ciudad permaneció Olivencia hasta principios de 1810, en que regresó á Buenos Aires, entrando á formar parte del célebre Regimiento de «Patricios», que comandaba el Coronel Don Cornelio Saavedra.

Se aproximaba el estallido revolucionario del 25 de Mayo de ese año, fecha para siempre gloriosa en los fastos nacionales y los ilustres próceres dirigentes de ese movimiento, trabajaban con el ardor y el entusiasmo de un esforzado patriotismo, en pró de la idea sacrosanta de la libertad de la patria.

Olivencia, perteneciente al primer cuerpo de tropas regladas del Virreinato, compuesto casi en su

totalidad por elementos nativos, ofreció también su humilde concurso á la magna obra que se proyectaba, teniendo para ello que desobedecer á las órdenes y amenazas paternas, pues el autor de sus días, como español era realista y por tanto, contrario al cambio de régimen, que tratábase de implantar.

Llegada la célebre semana de Mayo, el Batallón de «Patricios», cooperó poderosamente al triunfo de la patriótica empresa y el día veinticinco, Olivencia, como abanderado de dicho cuerpo, formaba en la Plaza de la Victoria, contribuyendo así en su modesta esfera, al feliz resultado que se obtuvo y que dió por consecuencia el nombramiento del primer gobierno patrio.

Triunfante la Revolución en la Capital, era necesario esparcir la semilla redentora en todo el Virreinato y en especial en el Alto Perú y en el Paraguay, cuyas autoridades se habían señalado por su intransigente realismo. La Junta de Gobierno ordenó, por lo tanto, el envío de dos expediciones; una al mando del Coronel Ortiz de Ocampo que debería operar sobre el primero de dichos puntos y otra bajo las órdenes del virtuoso General Belgrano, que debía marchar al Paraguay.

Olivencia formó parte de la segunda con el grado de alférez y con el cargo de abanderado y en Paraguary, sosteniendo la primera bandera argentina que llevaron los Ejércitos de la patria, ganó el grado de Ayudante Mayor del General en Jefe, mere-

ciendo una mención honorífica, por su valiente comportación en ese día.

Tacuarí, dos meses después, lo cuenta entre sus combatientes y en esa refriega de uno contra diez, es herido de bala en una pierna, pagando así su primera contribución de sangre á la tierra de su nacimiento.

Fracasada la expedición al Paraguay y llamado Belgrano á Buenos Aires á responder de su conducta en aquella desgraciada campaña, ante un consejo de guerra, formado por instigaciones de sus émulos, el ejército pasó á la Banda Oriental y allí al mando de Artigas, asistió Olivencia á la batalla de «Las Piedras» (18 de Mayo de 1811), siendo también herido en esta acción, de un bayonetazo en una mano.

En Abril de 1812 fué ascendido á Teniente 1° del Regimiento N° 6, que mandaba el Coronel Don Miguel Estanislao Soler y que estaba en observación del ejército portugués en las márgenes del Uruguay y á las órdenes de dicho jefe batió al enemigo en Itapery (Junio de 1812).

Vuelto á las trincheras de Montevideo, defendido por el general realista Vigodet, el Regimiento N° 6 al que pertenecía Olivencia, obtuvo el glorioso triunfo del «Cerrito» (31 de Diciembre de 1812) y Olivencia junto con sus demás compañeros de armas y su digno jefe, fué condecorado con una medalla y reconocido *benemérito á la patria en grado heroico.*

Exonerado el General Don José Rondeau del mando del ejército sitiador de Montevideo, precisamen-

te en el momento mismo en que iba á cosechar el fruto de sus afanes con la rendición del enemigo, cometiéndose así por el Director Posadas la injusticia más grande de su gobierno, fué reemplazado por el General Don Carlos María de Alvear, pariente del primer magistrado, á quien le cupo la gloria de la toma de Montevideo (Junio 23 de 1814), á cuyo feliz suceso asistió Olivencia.

En Agosto de ese año 14, incorporábase Olivencia al Ejército del Alto Perú, con su cuerpo de Dragones y allí tuvo ocasión de conocer á su compatricio, el General San Martín, jefe á la sazón de aquellas fuerzas.

Tomó parte en la victoria del «Puesto del Marqués» (17 de Abril de 1815) bajo las órdenes de Don José Rondeau, General en Jefe por retiro de San Martín y en las crueles derrotas de Venta y Media y Sipe-Sipe (20 y 29 de Octubre de 1815), que dieron por resultado el retiro de la tercera expedición operadora sobre el Alto Perú y el convencimiento de la incontrastable verdad de las teorías de San Martín, de que no era ese el camino indicado, para expedicionar á Lima.

Retirado el ejército á Tucumán, fué repuesto Belgrano en su cargo de General en Jefe y en aquella ciudad, contrajo Olivencia matrimonio con Doña Magdalena Terry, perteneciente á una honorable familia de esa Provincia.

Presenció allí la solemne declaración de nuestra Independencia el 9 de Julio del año 16 y tres años después era ascendido á Capitán.

Cuando el bochornoso motín de Arequito en Enero del año 20, fué uno de los pocos que conservaron incólume su honor y dignidad de militar pundonoroso, negando su concurso á aquella nefanda sublevación y manteniéndose fiel á sus banderas al lado del General Cruz.

Deshecho el Ejército del Norte, las divisiones sublevadas á cuya cabeza figuraban Bustos, Paz y muchos otros Jefes importantes, se dirigieron á Córdoba, levantando el pendón de los federalismos provinciales y Olivencia fué enviado á Cuyo, ascendiéndosele á Sargento Mayor por el Gobierno Nacional, en justo premio á su fidelidad.

Nombrado segundo jefe del Batallón «Cazadores de los Andes», de guarnición en San Juan, permaneció en aquella Provincia hasta 1824 en que ya como Teniente Coronel, pasó á Salta, á defender la frontera Norte de la República, amagada por los realistas y concurriendo así al mejor resultado de la campaña continental libertadora, cuyo centro principal era el Perú.

El Ejército Español, comandado por el célebre General Olañeta, amenazaba invadir el territorio de las Provincias Unidas del Río de la Plata y era necesario impedirlo á toda costa. Nombrado el General Don Juan Antonio Alvarez de Arenales, Jefe del Ejército Patriota y llevando como segundo al bravo General Don Juan Gregorio de Las Heras, marchó al encuentro del enemigo y en los alrededores de Tupiza, las armas de la patria obtuvieron

un espléndido triunfo sobre las tropas del Rey, perdiendo la vida Olañeta y terminando con esta acción, la guerra de la independencia, en esta parte de América. Olivencia, por su heroica comportación en ese día, fué ascendido á Coronel, retirándose luego á su hogar en Tucumán, ya cuando las furiosas olas de la guerra civil, hacían zozobrar la nave de la patria.

En lucha Lamadrid con el «Tigre de los Llanos», se constituyó en Tucumán una Comisión de guerra, instituída para juzgar militarmente á todo ciudadano que se negase á prestar los auxilios que el Gobierno requiriese ó los servicios personales que le correspondiesen, declarándose la Provincia en estado de sitio y proclamándose la ley marcial.

Esa Comisión que presidía el Coronel Don José Ignacio Helguero, la formaban los vocales Coroneles Don Cornelio Olivencia y Don Lorenzo Lugones, Doctor Don Domingo García, auditor, Don Juan Taboada, fiscal, y Don Juan Félix Méndez, secretario.

Derrotado el valeroso Lamadrid en la *Ciudadela* y el *Rincón,* las huestes feroces de Quiroga invadieron á Tucumán, llevándolo todo á sangre y fuego; y furioso el caudillo riojano por la resistencia que había encontrado en sus habitantes, condenó á los que en una ú otra forma se habían opuesto á su poder, al saqueo de sus viviendas y á la ruina y destrucción de sus propiedades.

Olivencia, más feliz que Helguero que cayó en poder del terrible vencedor, pudo huir con los su-

yos, perdiéndose en el incendio de su domicilio, sus despachos y documentos públicos, así como sus gloriosas condecoraciones.

Ensangrentado con sangre fratricida el suelo patrio, el guerrero del Paraguay y del Cerrito, de Montevideo y de Tupiza, juróse á sí mismo no manchar su espada en lucha de hermanos y desapareció para siempre de la escena militar argentina, empañada con las primeras nubes de la guerra civil.

Se dedicó al comercio, para ganar la subsistencia honrada de su familia, porque era pobre, como la mayor parte de los que, en esa época de verdadero patriotismo, consagraron sus nobles esfuerzos al servicio del suelo que los viera nacer, el que no pudo abonarles ni sus sueldos militares, pues parece increíble que en tantos años de servicios, Olivencia no recibiese más que un solo mes de sueldo íntegro (87 patacones) á buena cuenta de los devengados.

Se estableció en Lobos y más tarde en Mulitas (hoy 25 de Mayo), en donde posteriormente se dedicó á las tareas de labrador, hasta 1857, época en que pasó al Paraná, donde fué reconocido por el Gobierno Nacional que presidía el General Urquiza, en su clase de Coronel de la Independencia, ganando la cuarta parte de su sueldo, hasta 1861 en que desapareció el Gobierno de la Confederación.

Permaneció en Entre Ríos hasta 1864 en que regresó á Buenos Aires al seno de su familia y á fines del año 68, por una ley del Congreso Nacional,

fué reconocido en su rango militar, con el goce de su sueldo completo, percibiendo por primera vez un mes íntegro de paga; el mes de Enero de 1869 y falleciendo al mes siguiente el 13 de Febrero, á los 81 años de edad.

Murió pobre y obscurécido, sin otro consuelo que la satisfacción de haber cumplido como bueno y sin legar á sus hijos, más que un nombre benemérito y esclarecido en la más grande y noble de las causas.

Modesto en la vida, modesto en la muerte y modesto en la posteridad, no hay un recuerdo en las páginas de la historia de su patria, para el modesto soldado que tanto la amó.
